

que acababa de admirar, ábside maravilloso de color y de formas, y en el cual, satisfecho sin duda el maestro que lo trazó, al verle tan gallardo y rico de líneas y accidentes, empleó para ejecutarle a los más hábiles artífices de aquella época, en que era vulgar labrar la piedra con la exquisita ligereza con que se teje un encaje.

Por grande que sea la impresión que me causa un objeto expuesto de continuo a la mirada del vulgo, parece como que la debilita la idea de que tengo que compartirla con otros muchos. Por el contrario, cuando descubro un detalle o un accidente que creo ha pasado hasta entonces inadvertido, encuentro cierta egoísta voluptuosidad en contemplarlo a solas, en creer que únicamente para mí existe guardado, a fin de que yo lo aspire y goce su delicado perfume de virginidad y misterio. Al encontrar en el ángulo de aquella pequeña plaza, cuyo piso cubierto de menuda yerba indicaba bien a las claras su soledad continua, el cubo de piedra flanqueado de arbotantes terminados en agudos pináculos de granito, que constituía el ábside o parte posterior del magnífico templo, experimenté una sensación profunda, semejante a la del avaro que, removiendo la tierra, encuentra inopinadamente un tesoro.

Y en efecto, para un entusiasta por el arte, aquel armonioso conjunto de líneas elegantes y airoas, aquella profusión de ojivas rasgadas y llenas de delicadas tracerías, por entre cuyos huecos se dibujaban confusamente los vidrios de color enriquecidos de imágenes, hojas revueltas y blasones heráldicos, junto con las grandes masas de sombra y luz que ofrecían los pilares, al presentarse iluminados de una claridad dorada, mientras bañaban los muros con sus anchos batientes azulados y ligeros, constituían una verdadera maravilla.

Largo rato estuve contemplando obra tan magnífica, recorriendo con los ojos todos sus delicados accidentes y deteniéndome a desentrañar el sentido simbólico de las figurillas monstruosas y los animales fantásticos, que se ocultaban o aparecían alternativamente entre los calados festones de las molduras. Una por una admiré las extrañas creaciones con que el artífice había coronado el muro para dar salida a las aguas por las fauces de un grifo, de una sierpe, de un león alado o de un demonio horrible con cabeza de murciélago y garra de águila; una por una estudié asimismo las severas y magníficas cabezas de las imágenes de tamaño natural que, envueltas en grandes paños, simétricamente plegados, custodiaban inmóviles el santuario, como centinelas de granito, desde lo alto de las caladas repisas que formaban, al unirse y retorcerse entre sí, las hojas y los nervios de los pilares exteriores. Todas ellas pertenecían a la mejor época del arte ojival, ofreciendo en sus contornos generales, en la expresión de sus rostros y en la profusión y acentuada plega-

dura de sus ropas, el modelo perfecto del misterioso amor establecido por los ignorados escultores que, siguiendo una tradición que arranca de las logias germanas, poblaron de un mundo de piedra las catedrales de toda Europa. Heraldos con blasonadas casullas, ángeles con triples alas, evangelistas, patriarcas y apóstoles llamaban hacia sí, por sus imponentes o graciosas formas, por su cualidades de ejecución o de gallardía, la atención y el estudio del que los contemplaba; pero entre todas estas figuras una fue la que logró conmoverme con una impresión parecida a la que al descubrirlo me produjo el ábside de la iglesia: una figura que al pronto reconcentraba todo el interés de aquella máquina maravillosa, para la cual parecía levantada la mejor y más bella parte del monumento, como pedestal de una estatua o marco de una pintura, del que podía decirse era la pudorosa flor que, escondida entre las hojas, perfumaba de misterio y poesía aquella selva petrificada y apocalíptica, en cuyo seno y por entre las guirnaldas de acanto, los tréboles y los cardos puntiagudos, pululaban millares de criaturas deformes, reptiles, serpientes, trasgos y dragones con alas monstruosas e inmensas.

Yo guardo aún vivo el recuerdo de la imagen de piedra, del rincón solitario, del color y de las formas que armoniosamente combinados formaban un conjunto inexplicable; pero no creo posible dar con la palabra una idea de ella, ni mucho menos reducir a términos comprensibles la impresión que me produjo.

Sobre una repisa volada, compuesta de un blasón entrelazado de hojas y sostenido por la deforme cabeza de un demonio, que parecía gemir con espantosas contorsiones bajo el peso del sillar, se levantaba una figura de mujer esbelta y airosa. El dosel de granito que cobijaba su cabeza, trasunto en miniatura de una de esas torres agudas y en forma de linterna que sobresalen majestuosas sobre la mole de las catedrales, bañaba en sombra su frente; una toca plegada recogía sus cabellos, de los cuales se escapaban dos trenzas, que bajaban ondulando desde el hombro hasta la cintura, después de encerrar como en un marco el perfecto óvalo de su cara. En sus ojos, modestamente entornados, parecía arder una luz que se transparentaba al través del granito; su ligera sonrisa animaba todas las facciones del rostro de un encanto suave, que penetraba hasta el fondo del alma del que la veía, agitando allí sentimientos dormidos, mezcla confusa de impulsos de éxtasis y de sombras de deseos indefinibles.

El sol, que doraba las agudas flechas de los arbotantes, que arrojaba sobre el templo el dentellado batiente de las almenas del muro y perfilaba de luz

el ennegrecido y roto blasón de la casa solariega, que cerraba uno de los costados de la plaza, comenzó poco a poco a ocultarse detrás de una masa de edificios cercanos; las sombras tendidas antes por el suelo y que insensiblemente se habían ido alargando hasta llegar al pie del ábside, por cuyo lienzo subían como una marea creciente, acabaron por envolverle en una tinta azulada y ligera; la silueta oscura del templo se dibujó vigorosa sobre el claro cielo del crepúsculo que se desarrollaba a su espalda limpio y transparente, como esos fondos luminosos que dejan ver por un hueco las tablas de los antiguos pintores alemanes. Los detalles de la arquitectura comenzaban a confundirse; los ángulos perdían algo de la dureza de sus cortes a bisel; las figuras de los pilares se dibujaban indecisas, como fantasmas sin consistencia, envueltas en la oscuridad que arrojaban sobre ellas los monumentales doseles.

Inmóvil, absorto en una contemplación muda, permanecía yo aún con los ojos fijos en la figura de aquella mujer, cuya especial belleza había herido mi imaginación de un modo tan extraordinario. Parecíame a veces que su contorno se destacaba entre la oscuridad; que notaba en toda ella como una imperceptible oscilación; que de un momento a otro iba a moverse y adelantar el pie que se asomaba por entre los grandes pliegues de su vestido, al borde de la repisa.

Y así estuve hasta que la noche cerró por completo. Una noche sin luna, sin más que una confusa claridad de las estrellas, que apenas bastaba a destacar unas de otras las grandes masas de construcción que cerraban el ámbito de la plaza. Yo creía, no obstante, distinguir aún la imagen de la mujer entre las tinieblas. Mas no era verdad. Lo que veía de una manera muy confusa era el reflejo de aquella visión, conservada por la fantasía, porque cuando me separé de allí aún creía percibirla flotando delante de mí entre las espesas sombras de las torcidas calles que conducían a mi alojamiento.

Por qué durante los catorce o quince días que llevaba de residencia en aquella población, aunque continuamente estuve dando vueltas sin rumbo fijo por las calles, nunca tropecé con aquella iglesia y aquella plaza, y desde la tarde en que las descubrí, todos los días, cualquiera que fuese el camino que emprendiera, siempre iba a dar a aquel sitio, es lo que yo no podré explicar nunca, como nunca pude darme razón, cuando muchacho, del porqué para ir a cualquier punto de la ciudad donde nació era preciso pasar antes por la casa de mi novia. Pero ello era que unas veces de propósito hecho, otras por casualidad, ya porque a las mañanas se tomaba bien el sol contra la tapia del convento, ya porque al caer la tarde de un día nebuloso y frío se sentía allí menos el embate del aire, iba allí a todas horas, y me encontraba frente al ábside de la iglesia, sentado en algunas piedras amontonadas al pie del arco de la antigua casa solariega, y con los ojos clavados en aquella figura que parecía atraerme con una fuerza irresistible.

Más de un vez, deseando llevar conmigo un recuerdo de ella, intenté copiarla. Tantas como lo intenté, rompí en pedazos el lápiz y maldije de la torpeza de mi mano, inhábil para fijar el esbelto contorno de aquella figura. Acostumbrado a reproducir el correcto perfil de las estatuas griegas, irreprochables de forma, pero debajo de cuya modelada superficie, cuando más se ve palpar la carne y plegarse o dilatarse el músculo, no podía hallar la fórmula de aquella estatua, a la vez incorrecta y hermosa, que, sin tener la idealidad de formas del antiguo, antes por el contrario, rebosando vida real en ciertos detalles, tenía sin embargo en el más alto grado el ideal del sentimiento y la expresión. Inmóvil, las ropas cayendo a plomo y vistiendo de anchos pliegues el tronco para detenerse, quebrando las líneas, al tocar el pedestal, los ojos entornados, las manos cruzadas sobre un libro de oraciones, y el largo brial perdido entre las ondulaciones de la falda, podía asegurarse, y al menos este efecto producía, que debajo de aquel granito circulaba como un fluido sutil un espíritu que le prestaba aquella vida incomprensible, vida de ideas, sin movimiento y sin agitación, vida extraña que no he podido traslucir jamás en esas otras figuras humanas cuyas ropas agita el aire al pasar, cuyas facciones se contraen o dilatan con una determinada expresión y que, a pesar de todo, son únicamente, al tocar la meta de su perfección posible, mármol que se mueve como un maravilloso autómatas, sin sentir ni pensar.

Indudablemente la fisonomía de aquella escultura reflejaba la de una persona que había existido. Podían observarse en ella ciertos detalles característicos que

sólo se reproducen delante del natural o guardando un vivísimo recuerdo. Las obras de la imaginación tienen siempre algún punto de contacto con la realidad. Hay una belleza típica y uniforme hacia la que, así en lo bueno como en lo malo, se nota cierta tendencia en el arte. El placer y el dolor, la risa y el llanto tienen expresiones especiales, consignadas por las reglas. La cabeza de aquella mujer rompía con todas las tradiciones: era hermosa sin ser perfecta; ofrecía rasgos tan propios como los que se observan en un retrato de la mano de un maestro, el cual tiene tanta personalidad, por decirlo así, que, aun sin conocer el tipo a que se refiere, se siente la verdad de la semejanza. Cada mujer tiene su sonrisa propia, y esa suave dilatación de los labios toma formas infinitas, perceptibles apenas, pero que les sirve de sello. La hermosa mujer de piedra que contemplaba extasiado, tenía asimismo una sonrisa suya, que le daba tal carácter y expresión, que enamorarse de aquel gesto especial era enamorarse de aquella escultura, pues no sería posible hallar otra perfectamente semejante. Con los ojos entornados y los labios ligerísimamente entreabiertos, parecía que pensaba algo agradable y que la luz de su pura e interior alegría se revelaba por medio de reflejos imperceptibles, como se acusa por la transparencia la luz que arde dentro de un vaso de alabastro. Pero ¿quién era aquella mujer? ¿Por qué capricho el escultor, interrumpiendo la larga fila de graves personajes que rodeaban el ábside, había colocado en el sitio más escondido, es verdad, aunque seguramente el más misterioso de toda la fábrica arquitectónica, aquella figura que tenía algo de ángel, pero que carecía de alas, que descubría en su rostro la dulzura y la bondad de los bienaventurados, pero que no ostentaba sobre su cabeza el nimbo celeste de los Santos y los Apóstoles? ¿Sería acaso recuerdo de una protectora del templo? No podía ser. Yo había visto posteriormente la oscura losa sepulcral que cubría los restos del fundador, prelado valeroso que contribuyó con un rey leonés a la reconquista de aquel pueblo, y en la capilla mayor, a la sombra de un lucillo realzado de gótica crestería, había tenido igualmente ocasión de examinar las tumbas con las estatuas yacentes de los ilustres magnates que en época posterior restauraron la iglesia, imprimiéndole el carácter ojival. En ninguno de estos monumentos funerarios encontré un blasón que tuviese siquiera un cuartel del que se veía en la repisa de la estatua del ábside. ¿Quién podría ser entonces?

Es muy común encontrar en las portadas de las catedrales, en los capiteles de los claustros y las entreojivas de la urna de los sepulcros góticos, multitud de figuras extrañas, y que no obstante se refieren sin duda a personajes reales; indescifrable simbolismo de los escultores de aquella época, con el cual escribían

a la manera que los egipcios en sus obeliscos, sátiras, tradiciones, páginas personales, caricaturas o fórmulas cabalísticas de alquimia o adivinación. Cuando la inteligencia se ha acostumbrado a deletrear esos libros de piedra, poco a poco se va haciendo la luz en el caos de líneas y accidentes que ofrecen a la mirada del profano, el cual necesita mucho tiempo y mucha tenacidad para iniciarse en sus fórmulas misteriosas y sorprender una a una las letras de su escritura jeroglífica. A fuerza de contemplación y meditaciones, yo había llegado por aquella época a deletrear algo del oscuro germanismo de los monumentos de la Edad Media; sabía buscar en el recodo más sombrío de los pilares acodillados, el sillar que contenía la marca masónica de los constructores; calculaba con acierto el machón o la parte del muro que gravitaba sobre el arca de plomo, o la piedra redonda en que se grababan con el nombre de secta del maestro, su escuadra, el martillo y la simbólica estrella de cinco puntas, o la cabeza de pájaro que recuerda el ibis de los Faraones. Una parábola, aun abajo el segundo velo, una alusión histórica o un rasgo de las costumbres, aunque ataviadas con el disfraz místico, no podían pasar inadvertidos a mis ojos si los hacía objeto de inspección minuciosa. No obstante, por más que buscaba la cifra del misterio, sumando y restando la entidad de aquella figura con las que la rodeaban; por más que trataba de encontrar una relación entre ella y las creaciones de los capiteles y franjas, algunas de efecto microscópico, y combinaba el todo con la idea del diablo que abrazaba el escudo, gimiendo bajo el peso de la repisa, nunca veía claro, nunca me era posible explicarme el verdadero objeto, el sentido oculto, la idea particular que movió al autor de la imagen para modelarla con tanto amor e imprimirle tan extraordinario sello de realismo. Ciertamente que algunas veces creía ver flotar ante mi vista el hilo de luz que había de conducirme seguro a través del dédalo de confusas ideas de mi fantasía, y por un momento se me figuraba encontrar y ver palpable la escondida relación de los versos sueltos de aquel maravilloso poema de piedra, en el cual se presentaba en primer término y rodeada de ángeles y monstruos, de santos y de hijos de las tinieblas, la imagen de la desconocida dama, como Beatriz en la divina y terrible trilogía del genio florentino; pero también es verdad que, después de vislumbrar todo un mundo de misterios como iluminado por la breve luz de un relámpago, volvía a sumergirme en nuevas dudas y más profunda oscuridad. Entregado a estas ideas, pasaba días enteros.

POEMAS A LA MUERTE

ENRIQUE ROJAS

**Viene el silencio hasta nosotros
como un acontecimiento largamente esperado.
Su encuentro, después de una laboriosa búsqueda,
desciende en la vida serenándola.
Va a ella como un río de promesas,
como un anhelo de expresión sin voz,
como una música sin gestos para el mundo.**

**Con la sobria elegancia de lo limpio
se hace forma pasiva de voluntad,
reencuentro con esa primitiva fuerza
que nos empujó a salir de nosotros
y recorrer el mundo de los hechos.**

**Silencio: tránsito de espera y agonía.
Descanso que nace de la muerte.**

**Cuando venga la muerte
con la última brisa de la vida,
hará una tierna invocación
de estos brazos caídos
y de este gesto interrumpido.**

**Y yo, firme y recio,
la amaré como a un pueblo.**

**Nacerá entonces un poema
que será un llamamiento
de jubiloso polvo de primicias,
de hojas y de flores,
de inundación inacabada y deseosa...
Morir, sabiendo amar la muerte
con tanta inmensidad como
toda la creación junta no conoce.**

La muerte suspira por ocupar la voluntad,
significa alcanzar la libertad y el reposo,
el agua limpia, íntima y amada.
Suprema firmeza necesaria.

Recogimiento de umbrales eternos
en donde se desgrana y vuelca
el deseado resplandor de los caminos,
recibimiento desatado de cordeles.

La cárcel y el destierro ya son nada.
Ahora hay pan caliente para el hambre
y calor y luz para las ansias.
Victoria, al fin, desde las sombras.
De aquí quedará lo que no perece del hombre,
ni se corrompe, ni se quiebra, ni se altera.

Por las laderas y las cumbres, un tranquilo
aroma lleva gozos de miel y primaveras,
recogiendo de los aires, sombras sin anillos,
tinieblas de amores ya perdidos, sementeras.

Volverá el hortelano a plantar sus propósitos
entrando sus manos en la savia de la tierra,
juntarse con ella y salir y recomendarse
a los pozos, a las fuentes y las enredaderas
y al amor manantial de las venas de los surcos
por donde camina mi vida amenazada e incierta.

Mientras, la muerte fomenta, rendida de acentos,
sortilegios de dudas y caricias de estrellas.

La simiente de la muerte reposa en el hombre.
El vive con ella, la sosiega, la alimenta,
la cuida y la mima con especial regadío
y la muerte se siente conservada y serena.
Es el hombre mismo quien la ha creado y la mantiene.

...Y en este silencio solemne
renacerá el amor con brillos de ternura
doblegando serenamente sus desvelos.

Me volveré a sentir enamorado de la vida
y esperaré la muerte entre silencios nocturnos
de líneas plateadas sin latidos ni espigas.

Hablaré con la muerte sabiendo con quién hablo.

Con la muerte se sustenta la vida.
Se prodiga el vigor de las vidas,
se detienen un momento los giros
y continúan su trayecto los ojos.

La vida y la muerte
resumen las dos fuerzas creadoras,
que contemplan al hombre
en el encendido devenir
del tiempo y del deseo permanente
y el infinito que nos puebla y multiplica.

Todo arranca del aire común de las esperas
a la que está sometido el amor que germina
cada instante, entre los seres que han vivido,
que han nacido de mí, que les di la vida
en medio de la niebla que lentamente crece,
que se dibuja hacia el amor que todo lo anima,
que hace de todo un dulce morir inacabado,
un sesteo de anticipado comienzo y osadía,
como un lento sonido de alegres oquedades.

Cuanto reclamo huyendo del alcance concreto
de su trenzado amor, desde el principio abierto.

POEMAS A LA MUERTE

IGNACIO BUSTOS FIERRO

Puedo ser un hombre que tuvo muchos cuerpos;
puedo ser un cuerpo que tuvo muchas almas;
puedo ser un alma que tiene muchos muertos;
puedo ser un sueño de un dios que esté durmiendo
(absurdo como son todos los sueños
con un oscuro origen y con un fin incierto).
Puedo ser el autor de lo que siento
y el que imagina todo lo que veo;
puedo ser también, lo que estoy siendo,
es decir, puedo ser un secreto.

Desde el decimotercero piso de la mañana
sentía recorrer la distancia del suicidio
con esa voracidad inevitable
de las decisiones últimas;
ese gesto exterior ya no era nada,
la muerte estaba desde mucho antes.
Se abrirán conjeturas,
cada uno inventará su culpa
pero luego las horas y el silencio
se encargarán de ir puerta por puerta
robando mis memorias.
Así tendrá que ser
porque la vida
se ha acostumbrado a usarnos de este modo.

No necesitas reír por cualquier cosa
para que sepa que sufres;
ni te disculpes tampoco
por no saber ser feliz.
Ya sé que lleva tiempo aprender la alegría;
ya sé que uno se siente un polizón
cuando de cuando en vez nos invita la dicha.
Pero no te acostumbres al dolor,
tampoco es eterno.

Tiene frío esa parte del hombre que vino conmigo,
esa parte que sin darme cuenta
se fue desprendiendo de mí en el camino;
tiene miedo que ya no recuerde todo lo que ha sido,
de haber dado su vida al vacío;
porque entonces nadie pensará en su frío,
porque no habrá nadie que vuelva los ojos
hacia aquellos ojos que hoy están dormidos.
Tiene miedo de que hoy lo traicionen
de que a sus espaldas hable un mal amigo
y que en una noche pueda hasta yo mismo
quitarle sus nombres y llamarle Olvido.

He vivido muy cerca de la muerte
casi con ella misma a todas partes
a veces frente a frente
y siempre al fin, tratando de olvidarte;
era como jugar a la escondida
en un ámbito mínimo y desierto
como queriendo suponer la vida
en el cadáver de alguien que se ha muerto.
Era como un camino que no sabe
quién pasará por él, ni irá hasta dónde,
qué territorios cruza y cuánto esconden
sus márgenes unidas por las aves.
Así de rama en rama, sueño a sueño
fui dibujando el aire interminable
en donde se ensayaran tantos cielos;
pero lejos de ti, nada es probable,
solo morir así, en un largo vuelo
donde todo se torne inexplicable.

TIEMPOS

I

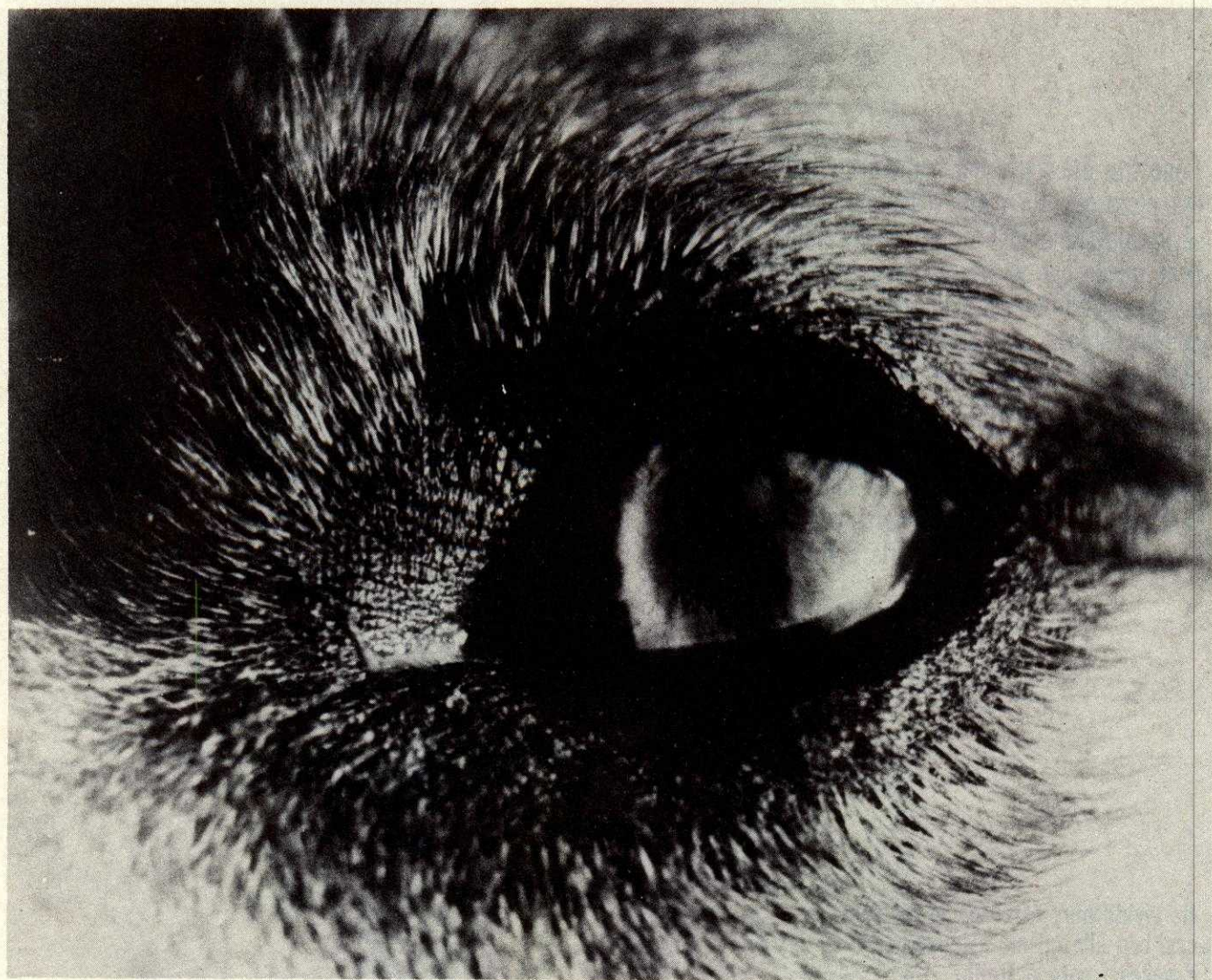
Yo no sé por qué causa desde niño
me acostumbré a la idea del mañana,
ese error que nos hace ver los días
como prólogos siempre de otra nada.
Comprenderlo hacia el fin
que la tristeza
que provocan las tardes en el alma
no es sino la manera que la muerte
ha elegido para anunciar su drama.
Y seguimos, no obstante los momentos
que en su afán de alargarse, muchas veces
se disfrazan de un gris aburrimiento,
allá vamos soñando, diletantes,
olvidando que vamos en instantes,
detrás de la esperanza que nos crece
como crece el abismo con el tiempo.

II

A veces necesito de la recta
para huir sin retorno,
para subirme a ella
con ese mismo arrojo con que sube
la luz en la caída de la estrella;
así definitivo y para siempre.

A veces necesito irme tan lejos
y no encuentro caminos que me lleven
porque todos acaban mucho antes,
aquí, siempre del lado del recuerdo.

Yo necesito ahora
cambiar este costado de mi cuerpo
que hace latir en círculos mi historia
y ser como las piedras cuando parten
las únicas que lo hacen para siempre
porque no tienen alas, ni memoria.



Victor Manuel Eguiluz Romo

GERUNDIOS

No transcurre un instante sin que Muerte transcurra
 Consideremos la vida cruel de los océanos
 Esa fauna luminosa y abisal
 Depredadora y mortífera, de ojos telescópicos
 Consideremos también este hábitat seco
 Conejos inquilinos en un mundo de perros
 Este pánico en los bosques de encinas
 No transcurre un instante sin que Muerte transcurra
 Suicidas precipitándose hacia un lugar de asfalto
 Implacables destrozos y las clases luchando
 Carneros embistiéndose, los grandes mamíferos
 Matándose y llorando, las graves infecciones
 Los vastos cementerios dorados por los siglos
 Consideremos los Ming pulverizados
 Las aves de rapiña bajando entre la niebla
 Y los recién nacidos palpitando y viviendo
 Y muriendo acunados por impulsos maternos
 No transcurre un instante sin que Muerte transcurra
 Mariposas y álamos y mujeres bellísimas
 Se desploman ocupando el silencio
 Que su azar les designa. Y la divina púrpura
 Que antiguos equinoccios olvidaron en mármol
 Les envuelve callada entre pliegues eternos
 Vasallos del imperio de la roca de Léucade
 No transcurre un instante sin que Muerte transcurra.

ALBERTO PORLAN

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Buenos Aires

Este verdadero regalo literario con que me digna Ud.: su magnífico, interesante, estudioso INTENTO DE PSICOANÁLISIS DE JUANA INES, ¡una joya!... ¡Se lo agradezco de todo corazón, estimado director y amigo! Un trabajo digno, eficiente, meduloso y sobrio de la personalidad de una lírica tan profunda y emotiva como Sor Juana. No dude Ud. que tendré ese libro como un testimonio valedero y una fuente siempre abierta a mi inquietud literaria. ¡Gracias, amigo director, muchas gracias!...

Edmundo Sirio

De Caracas, Venezuela

Su "Intento de Psicoanálisis de Cervantes" me ha parecido sorprendente. Apenas lo recibí ayer, ya hoy lo he leído seis veces. Cervantes es el punto de partida de mi mundo existencial. Mi soledad existencial. Salir de ella es un atrevimiento. Quijote es un atrevido.

La pasividad del escritor es esa soledad.

Le agradezco la dedicatoria de su penetrante ensayo, y más aún me complace que haya usted subrayado el texto para colocar al margen versos de mis onírodas.

Debo confesarle que nunca se me había ocurrido el miedo de ser devorado o envenenado por un pezón.

La verdad es que sería delicioso en el deseo de devorarlo. ¿Regresión oral?

En cuanto a Cervantes y su defensa "no deseo ser pasivo, ser rechazado (la leche) por mi madre; al contrario, mirad cómo bebo leche, las palabras", me recordé del Inca Garcilaso cuando expresa: "Yo protesto decir llanamente la relación que mamé en la leche". Isabel Chimpu Ocllo le había contado sus tradiciones incásicas.

Andrés Athilano

De Cohasset, Mass.

Mucho le debo por haberme proporcionado la oportunidad de inquirir, con verdadero interés, los más íntimos aspectos de la personalidad de otro genio literario, por medio de la psicología berglerista.

Me refiero a su recién y cabal obra *Intento de Psicoanálisis de Juana Inés*, obra que se independiza de la tutela de la tradicional crítica literaria, para facilitarnos una nueva y satisfaciente interpretación de la producción literaria de esta fascinadora escritora mexicana.

Merced a su estudio, lo que antes pasaba por discontinuos y desenlazados ejemplos de simple inquietud espiritual e intelectual, que la "Musa Dezima" deja traslucir en una atmósfera de culteranismo y conceptismo, o poesía amorosa cultivada en forma de evocaciones, todo se ajusta ahora dentro de una estructura vital que ostenta un perfil psicológico eminentemente natural y humano.

Cuanto a las abundantes referencias a los varios aspectos de la teoría berglerista, que acompañan y aclaran los muchísimos ejemplos literarios —y decir nada de la bibliografía y de las interesantísimas ilustraciones, nunca vistas—, añadimos el rigor de la investigación y la sensibilidad literaria del autor, y tenemos una obra de valor biográfico que será imprescindible para el verdadero conocimiento de la personalidad de Juana Inés de Asbaje.

Le felicito con sincera admiración.

Ubaldo di Benedetto

P. S.

Durante la lectura no pude menos que recordar a Don Miguel (pág. 18, 35, 47 y 57), como también pensar en términos de 'transactional analysis' (Harris, I'm O.K., You're O.K.) por lo que se refiere al primer párrafo en la página 23.

**“...en una nave,
lo que va adelante
no es
ni la derecha
ni la izquierda,
sino la proa,
que está en el eje,
equidistante de ambos extremos
cortando con filo neto
las aguas de la Historia”.**

Salvador de Madariaga

Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

